

cuenta mil prusianos contra cien mil franceses, al paso que en Auerstadt la superioridad numérica favorecía á los primeros. Al amanecer del día catorce, salió de Auerstadt el duque de Brunswick y tomó hacia el Unstrut, siendo su intención pasar este río por Friburgo y Laucha. La vanguardia, formada por la caballería de las divisiones Arnim y Schmestau, iba al mando de Blücher, el cual, al llegar á la aldea de Poppel, se encontró con algunos destacamentos de caballería enemiga, que se alejaron tras breve resistencia; pero después, al avanzar por la izquierda, vió una línea de infantería francesa á cincuenta pasos de distancia, y al propio tiempo, la división Schmettau era saludada con un fuego graneado, dirigido contra su derecha. El mariscal Davout con su ejército se había adelantado á los prusianos, pasando por Kosen é interceptándoles el camino. Siguióse una encarnizada lucha en las inmediaciones de la aldea de Hassenhausen, después de haberla ocupado los franceses con sus baterías, y esta es la batalla conocida con el nombre de Auerstadt Blücher embiste la aldea; mas es rechazado con grandes pérdidas, y las divisiones de Schmettau y de Wartensleben, que secundan el ataque, son destrozadas y huyen dejando el suelo sembrado de cadáveres. El general Schmettau cae muerto; el duque de Brunswick es herido de un proyectil que le atraviesa los dos ojos, de suerte que, como el Rey no estaba presente, los prusianos se quedaron sin general en jefe. Entró en esto en fuego la reserva de Davout, mientras la contraria, compuesta de diez y ocho mil hombres, presencia impasible desde las alturas de Eckartsberga el combate que se sostiene á sus pies. Desbaratada el ala derecha de los prusianos, la de la izquierda, á las órdenes del coronel Scharnhorst, continúa defendiéndose obstinadamente; pero abandonando la primera el campo en desorden, obliga á la segunda á retirarse. Davout se había visto precisado á batirse contra fuerzas muy superiores, ya porque Bernadotte no cumpliera las órdenes que Napoleón dijo después haberle comunicado, ya por falta de previsión en que incurrió el Emperador. Este, sin embargo, en su quincenagésimo boletín, invirtió los términos por completo afirmando que había tenido delante de sí ochenta mil hombres y Davout cincuenta mil, y presentando la batalla en Auerstadt como si hubiese sido un episodio muy secundario de la de Jena, cosa injusta á todas luces. De cualquier modo, su triunfo no resultó menos decisivo, pudiendo el quince de Octubre decir á sus soldados: «La batalla de Jena ha lavado la afrenta de la de Rossbach, y decidido en siete días una campaña que ha enfriado aquel ardor guerrero calenturiento que se había apoderado de las cabezas prusianas.» El mismo día publicó un decreto declarándose dueño, por derecho de conquista, de todos los territorios de aquel lado del Vístula pertenecientes al Rey de Prusia, á los que impuso una contribución de ciento cincuenta y nueve millones. El veinte escribió al Rey de Wurtemberg, desde Weimar: «El ejército prusiano ha cesado de existir; de ciento sesenta mil hombres han sucumbido más de cien mil; cañones, carros, municiones, almacenes, todo ha sido aprehendido; me he apoderado de cuarenta mil prisioneros, de

cuatrocientos cañones, de mil doscientos carros y de setenta á ochenta banderas; las tres cuartas partes de sus generales han perecido ó sido hechos prisioneros». En los días sucesivos ordenó la toma de posesión de los Estados prusianos comprendidos entre el Rhin á el Elba; mandó á Mortier ocupar los territorios del elector de Hesse, que había permanecido neutral entre los beligerantes, y visitó en Postdam la tumba de Federico el Grande, incautándose, para enviarlos al Hotel de Inválidos de París, de la espada del Rey, de su cordón del Aguila Negra, de su faja de general y de las banderas que llevó su guardia en la guerra de los siete años. Por último, el veintisiete entró triunfalmente en Berlín, donde se detuvo una semana.

En el entretanto, parecía completarse la total ruina de Prusia. Hohenlohe, nombrado general en jefe después de la doble derrota de Jena y Auerstadt, alcanzado y batido en Zehdenick, deponer las armas con diez mil hombres, ante la caballería de Murat, en Prenzlau; la imponente fortaleza de Sttetin, la de Kustrin y la plaza de Magdeburgo, reputada como el baluarte de la monarquía, franquean sus puertas al enemigo, y Blücher capitula con siete mil quinientos hombres en Rathau, junto á Lubeck, después de sostener sangrienta pelea en las calles de esta ciudad.

Habiéndose negado Napoleón á conceder un armisticio, el veinte de Octubre se abrieron negociaciones de paz en Wittemberg, entre el marqués de Lucchesini y Duroc. El Emperador exigía que se le cediesen las provincias de Prusia comprendidas entre el Rhin y el Elva, el apartamiento de aquella potencia en los asuntos de Alemania, el pago de una contribución de guerra y el reconocimiento de los nuevos príncipes que se proponía establecer en el territorio germánico. Lucchesini transmitió estas duras condiciones á Federico Guillermo, el cual, disgustado de la guerra y deseoso de terminarla, envió su conformidad; pero Napoleón se había arrepentido en el intervalo, y declaró que no abandonaría sus conquistas de Prusia hasta que Inglaterra hubiese restituido todas las colonias francesas á las holandesas y contraído Rusia el compromiso de garantizar la independencia de Moldavia y de Valaquia. Su espíritu inquieto meditaba ya nuevos proyectos de engrandecimiento. Emisarios polacos le proponían organizar un levantamiento, y como Rusia era el único Estado capaz de resistirle en el Continente, pensó en resucitar á Polonia contra ella, escribiendo acto seguido á Fouché que hiciera fuese á verle lo antes posible Cosciusco. Respecto de Prusia, dudaba si dejarla subsistir como monarquía ó transformarla en república, «Dentro de diez años, se le escapó decir, mi dinastía será la más antigua de Europa.» Se imaginaba ser ya dueño del mundo, y esta ilusión extravagante dió origen al famoso decreto de Berlín, de veintinueve de Noviembre, en que declaraba á las Islas británicas en estado de bloqueo; prohibía el comercio y la correspondencia con ellas, y mandaba que se considerase como prisioneros de guerra á todos los súbditos ingleses que se encontraran en los países ocupados por sus ejércitos, que las mercancías del mismo

origen se confiscasen en todas partes y que cualquier propiedad perteneciente á un súbdito de la Gran Bretaña se reputara buena presa. Talleyrand recibió orden de comunicar á los aliados de Francia este decreto, que se envió al Senado con un mensaje de Napoleón, donde, en sustancia, venía á manifestar que, siendo su extrema moderación la causa de que la guerra se renovara, había necesitado adoptar resoluciones «que repugnaban su corazón, porque le costaba hacer depender de las contiendas de los reyes los intereses de los particulares y volver, después de tantos años de civilización, á los principios que caracterizan la barbarie de los primeros actos de las naciones.» Era difícil juzgar más acertadamente la arbitraria medida, modelo de insensatez y orgullo. Con el bloqueo llamado continental y disposiciones concomitantes, proponíase Napoleón «vencer á Inglaterra en el Continente», «reconquistar el mar en la tierra y recobrar á Pondichery en el Vístula y el Oder», como decía; y por virtud del nuevo estado de cosas que creaba, las potencias europeas eran violentadas á elegir entre la guerra con Francia ó la guerra con Inglaterra. En lo sucesivo, no había neutralidad posible, siendo menester resignarse á sufrir la alianza, esto es, el despotismo napoleónico, ó apercibirse á rechazar las inauditas pretensiones del audaz conquistador por medio de la fuerza. El fantasma de la monarquía universal, que con el sistema del equilibrio político y los progresos de las luces se creía desaparecido para siempre de la haz de la tierra, salía de su sepulcro, ensangrentado y amenazador.

A negarse Napoleón á suscribir el tratado de paz con Prusia, ofreció á Federico Guillermo el armisticio que antes le rehusara, siendo su ánimo pasar tranquilamente el invierno y dedicarse á organizar los países invadidos, mientras se reanudaban las hostilidades; pero el Rey, comprendiendo que sería locura otorgar á su contrario tantas ventajas sin obtener compensación ninguna por su parte, no quiso ratificar la suspensión de armas, firmada días atrás por sus representantes para ganar tiempo, y el Emperador tuvo que llevar la guerra al Vístula, á pesar de la crudeza del tiempo, y ocupar atropelladamente las provincias polacas, de tal manera que, antes de terminarse el mes de Noviembre, había trasladado su cuartel general á Posen é impulsado el levantamiento de los polacos del Sur de Prusia, sublevación que comenzó con la marcha de los franceses á Varsovia. Ya antes azuzando á Turquía contra Rusia, había conseguido que ésta, enojada con la noticia de haber destituido el sultán Selim, por su propia autoridad, á los hospodares de Moldavia y Valaquia, enviase á los principados al general Michelson con el ejército del Dniester. Muy satisfecho del resultado de sus maquinaciones, Napoleón procuró inspirar confianza á Selim, y á este efecto escribió á Sebastiani, que de orden suya estaba en Constantinopla, encargándole que ajustara con el Sultán un tratado de alianza ofensiva y defensiva, donde se garantizase al turco la integridad de sus provincias de Moldavia, Valaquia y Servia, y se le prometiera no firmar paces con Rusia sino de acuerdo con la

Puerta. Tendía con esto á distraer á Rusia de la guerra principal; sin embargo, el emperador Alejandro había prometido á Federico Guillermo auxiliarle inmediatamente, no obstante haber de atender á los asuntos de Turquía.

La restauración de Polonia era causa sumamente justa y muy simpática en Francia, en cuyos ejércitos se batían con gloria muchos hijos de aquella nación infortunada; debe, con todo, estimarse dudoso que Napoleón se propusiera nunca seriamente dispensarle su apoyo. De aquí la legítima desconfianza que manifestaron los polacos más instruidos. Cosciusco declaró que no podía ofrecer su espada al Emperador mientras no se estipulasen garantías que aseguraran la independencia y la libertad de su país, y después de la entrada de los franceses en Posen y Varsovia, donde fueron aclamados con delirante entusiasmo como libertadores, si los más, como José Poniatowski, Zajoncheck, Wybicki, Dombrowsk y otros, no vacilaron en responder al llamamiento, otros se retrajeron, hasta tanto que les otorgaran las seguridades debidas, y un tercer grupo, á cuya cabeza estaba el príncipe Adán Czartoryski, á quién hemos visto figurar entre los consejeros de Alejandro, se obstinó en esperar la regeneración de su patria de la buena voluntad del Czar. El pueblo, en general, mostróse crédulo como siempre, y corrió á empuñar las armas. Para tranquilizar al emperador de Austria, Napoleón hizo que su representante en Viena le previniese «que la insurrección de Polonia era consecuencia natural de la presencia de los franceses...», que no pensaba mezclarse en nada de lo concerniente á la Polonia austriaca...; pero que si el Emperador, en vista de la dificultad de mantener la paz en esta provincia en medio del movimiento que se propagaba por todas partes, quería admitir por vía de compensación parte de Silesia, estaba pronto á entablar las oportunas negociaciones.

Estando en Posen, Napoleón extendió, por medio de dos tratados, la Confederación del Rin al Norte de Alemania, entrando en ella, el once de Diciembre, el Elector de Sajonia con el título de Rey, y el quince, los duques de Sajonia Weimar, de Gotha, de Meiningen, de Hildburghausén y de Coburgo.

En la corta campaña de Pultusk, seguida contra los rusos á fines de mil ochocientos seis, la suerte continuó favoreciendo á las armas francesas, aunque no alcanzaron éstas los ruidosos triunfos á que se habían acostumbrado. Los generales de Alejandro, Kaminski, Benningsen y Buxhowden, después de librar sangrientas batallas en el Wkra y el Narew, cerca de Nassielsk y Sicrock, de Golymin y de Pultusk, debieron emprender la retirada con pérdida de diez á doce mil hombres y de ochenta cañones. Los franceses, no pudiendo perseguirlos por inclemencia del tiempo, se dispusieron á tomar cuarteles de invierno, que se extendieron desde la desembocadura del Narew en el Vístula hasta la desembocadura del Passarga en el puerto frisio. Varsovia y Posen, así como todo el sur de Prusia, quedaron en poder de Napoleón, cuyo ejército engrosaba cada día.